

la posada de los abrazos

* Kepa Eguzkiza

· RELATOS DE VIDA ·

Van siendo ya bastantes años de camino junto a personas sin hogar, y son muchos los sentimientos, las vivencias y los rostros que van reposando en el corazón. Durante todo este tiempo, son muchas las situaciones de deshumanización y desolación, y muchas experiencias de acompañamiento y de esperanza. Asimismo, durante todo este tiempo, he tenido y sigo teniendo mis propias situaciones de dificultad y de esperanza. Ciertamente, la realidad me enseña que no somos tan diferentes entre nosotros y nosotras, y siento intensamente que el hecho de vivir y compartir alegrías y tristezas con otras personas, nos acerca cada vez más a una mayor humanidad y una mayor fraternidad

Desde que andaba por los 18 años siempre he tenido inquietud por estar cercano a la realidad, y durante estos otros 18 años he conocido muchas personas privadas de libertad tanto en campos de trabajo como en las prisiones de Basauri y Nanclares de la Oca, muchas otras luchando contra sus adicciones en Proyecto Hombre, mucha gente con todo tipo de dificultades y con más o menos fuerzas para salir adelante, y también muchísimas personas ya fallecidas. Desde hace 11 años trabajo en el programa Sin Hogar de Cáritas Diocesana de Bilbao y he conocido muchas personas en Residencias y Servicios de Acogida, en Comedores Sociales y en la calle, en Centros de Día, en Albergues, en Pisos ... También he conocido a otras muchas personas como voluntario en diversas organizaciones, y desde hace unos 4 años soy voluntario en La Posada de los Abrazos.

Dentro de mi experiencia con personas sin hogar hay dos palabras que van unidas y que me sugieren mucho. Sin una no podría vivir la otra en la manera en que la vivo, y viceversa. Estas palabras son *espiritualidad* y *exclusión*, y creo que son las que me ayudan a poder transmitir este testimonio. Siento que el Dios de Jesús me anima a no olvidarme nunca de mis hermanos y hermanas cuando estoy con Él, y a no apartarle nunca cuando estoy con mis hermanas y hermanos. Me lleva a responder con ánimo, a no echarme atrás, a desear ser alegre en la esperanza y paciente en los sufrimientos. Me anima a alegrarme con los que se alegran, y a llorar con los que lloran. Me lleva a agradecer tantos beneficios recibidos y a desear compartir y dar de balde lo que recibo de balde. Me lleva a vivir con esperanza contra toda esperanza, con alegría y con disponibilidad.

Siento que estoy preocupado por el mundo, por la profunda herida de la realidad humana y del ser humano. Algunas veces, me descubro, al igual que Jesús, observando a las personas (también a mí mismo) e intentando comprender para qué viven (para qué vivo), para qué se levantan cada mañana (para



qué me levanto) y con qué esperanza se duermen todas las noches (con qué esperanza me duermo). Al contemplar el corazón de la realidad y de mi realidad, me sorprende cada vez más deseando mirar con los ojos del Dios de Jesús, con esa mirada pacífica, secreta y amorosa que continuamente me dirige. Me apasiona esa mirada apasionante y apasionada, llena de cariño, del Dios de Jesús que está preocupado y comprometido con la persona, del Dios que se hace cargo de la realidad y que vive dentro de ella.

A la hora de expresar lo que la realidad de los hombres y las mujeres sin hogar me sugiere, me parece bueno recordar y recordarme lo que supone el tener o no tener vivienda. Un Cuaderno de Formación del autor Luis Cortés Alcalá, titulado *Hablando sobre la Exclusión residencial* me ayudó a ir clarificando esta realidad. Prácticamente en todas las sociedades, aunque quizás con mayor intensidad en nuestra actual sociedad, la vivienda es uno de los puntos de referencia fundamentales en nuestras vidas y es el lugar donde construimos nuestro hogar.

Dentro de mi experiencia con personas sin hogar hay dos palabras que van unidas y me sugieren mucho:

sin una no podría vivir la otra en la manera en que la vivo, y viceversa. Estas palabras son espiritualidad y exclusión

La vivienda tiene un enorme valor social que se concreta en un buen número de funciones sociales: es un espacio cerrado y protegido del exterior, es un espacio a través del cual establecemos nuestra vida y nuestras relaciones sociales, es un espacio en el que construimos nuestra intimidad, es el espacio de la familia, es un lugar de socialización, es un lugar de actividad social, es un lugar que utilizamos en nuestro trabajo -o incluso nuestro lugar de trabajo-, es un espacio relacionado con nuestro mundo exterior a través de continuos intercambios de bienes, servicios e información, es espacio de ocio y de conexión con el mundo en que vivimos y es un lugar de creación personal en la que combinamos nuestros gustos y deseos.

Así, podemos valorar todas estas grandes ventajas y posibilidades que nos proporciona el hecho de disponer de un lugar donde vivir. De todas maneras, a veces, es bueno e incluso diría que muy recomendable, hacer el ejercicio contrario, esto es, imaginar, ver, mirar, sentir qué consecuencias pudiera acarrear el hecho de no disponer de un lugar en el cual habitar, o el hecho de vivir en un lugar que no garantice los mínimos estándares de seguridad, protección, higiene, etc. A fin de cuentas, la pregunta a hacernos podría ser: ¿qué necesidades no tendría cubiertas si me encontrara en esta situación, o qué derechos humanos, fundamentales quedarían degradados si me tocara vivir esta realidad?, o simplemente, ¿cómo cambiaría mi vida durante una semana entera si no dispusiera de ningún tipo de posibilidad de alojarme en algún lugar?

Con todo ello, si es cierto que la vivienda es una necesidad social de primer orden, no es menos cierto que la concepción que, hoy en día, se tiene de la misma es, sobre todo, económica. Se ve la vivienda como algo que pertenece al mundo económico, sobre cuyos principios es muy difícil actuar. Así, estos principios como la propiedad, las relaciones sociales fundadas en el capital, y la oferta y la demanda como sistema regulador de la producción y los precios son los que dan valor a la vivienda, y entonces, todos los aspectos sociales de la misma, quedan relegados a lugares y valoraciones secundarias. Así, estos principios están presentes en las políticas de viviendas, más preocupadas de los enfoques productivistas, de los aspectos financieros y fiscales, y que empujan, vergonzosamente, a una disminución del apoyo a los sectores más débiles económicamente, que además, como no puede ser de otra manera, son los que tienen mayores dificultades.

Que estemos viviendo esta situación es, ciertamente, signo bien visible de que existe una gravísima avería en el cuadro de mandos de nuestra organización social y de nuestros derechos fundamentales. Ante esta avería que la realidad denuncia a voz en grito, es cada vez más escandaloso el hecho de que nos vamos convenciendo de que en la sociedad actual estamos aceptando el reparto de roles y beneficios, de

tal manera que empezamos a considerar la existencia de los grupos marginales como algo inherente al sistema. Y así, de estas ideas pasamos a la realidad, de la teoría pasamos a la práctica. Cuando hablamos de *exclusión residencial*, hablamos de personas que apenas participan de asuntos claves de la sociedad como es ser tratadas con dignidad, poder disponer de una vivienda, acceder a medios económicos y culturales, poder crear unas raíces y tener un sentido de pertenencia. Podemos hablar de mujeres y hombres en proceso de abandono, deterioro y desarraigo, tanto por su parte como por parte del resto de la ciudadanía.

En buena medida, podríamos hablar de estas personas refiriéndonos a ellas como "*la gente del Viernes Santo*", esto es, personas llamadas misteriosamente a participar en el sufrimiento de Jesús, personas llamadas a caminar por una senda particularmente estrecha, el camino del Calvario, el mismo que Jesús recorrió ... ¿Y cómo se sale de esta senda? Pues la verdad que unas veces, se sale purificado y, otras, simplemente, roto.

Si nos acercamos a esta realidad de la población sin hogar y a otras muchas situaciones de deshumanización, experimentamos que nos lleva a una tristeza que hace morir y que nos hace ciertas preguntas que nos atraviesan el alma. A través de estas realidades, experimentamos que las cosas que nos ponen tristes no son tan distintas: no saber si la vida va a tener sentido, no tener soluciones ni palabras, ser personas rechazadas, ser incomprendidas, ser abandonadas por las amistades... ¿Cómo llevamos todas estas situaciones de dolor, exclusión y muerte tanto propias como ajenas? Pues, la verdad, normalmente bastante mal.

Pero podemos reconocer que es, precisamente, en este páramo de dudas y preguntas donde germina y crece la auténtica esperanza cristiana. Ahí, donde surgen las dudas sobre las promesas de Dios, ahí florece la auténtica esperanza cristiana.

Con todo esto, muchas veces me acuerdo de los discípulos de Emaús, y veo ahí esa auténtica esperanza contra toda esperanza. La esperanza de esas dos personas que hundidas y desesperanzadas, dan la espalda a aquello que les daba vida y huyen hacia quien sabe dónde. Esas dos personas que no tienen ni una pizca de luz dentro de la oscuridad. Jesús se acerca a ellas y creo que, con ello, nos invita a acogernos de la misma manera entre todas y todos. Jesús no teme juntarse a ellos en su caminar para hacer ruta anónimamente, incluso se hace el encontradizo.

Muchas veces, entramos a personas que están desesperanzadas con ruido, con mucho ruido, sin pedir permiso, a nuestra velocidad y sin respetar ritmos ni procesos. A veces, vamos tan rápido, que pasamos por encima.

Jesús se acerca sin ansias apologéticas y sin buscar convertir a nadie. Muchas veces, cuando no se nos pide nada, empezamos a dar recetas e instrucciones sobre lo que se tiene que hacer, claro, sobre lo que a cada cual personalmente nos parece que se tiene que hacer.

Jesús les hace preguntas interesándose por lo que viven, por la dificultad que parece que tienen. Nosotros y nosotras siempre hablamos con personas y a veces, parece que hablamos con problemas. Si hablamos con problemas, nos convertimos en personas solucionadoras. Si hablamos con personas es más fácil que nos convirtamos en acompañantes.

Jesús les deja hablar y les escucha, les deja tiempo para que manifiesten un deseo fracasado, una desilusión que embarga su corazón. Muchas veces, nos cuesta respetar el silencio.

